

"EL AMOR ROMÁNTICO Y OTROS AMORES"

10 y 11 de Noviembre en Algatocín, Valle del Genal
Serranía de Ronda (Málaga)

PONENCIA MARCO- LAURA LATORRE HERNANDO

AMOR ROMÁNTICO, CULTURA Y PATRIARCADO: DESHILANDO LA VIOLENCIA DE NUESTRAS RELACIONES

Mi nombre es Laura Latorre Hernando. Nací en un barrio periférico de Madrid, pero he vivido los últimos años en el otro lado del Atlántico. Soy educadora social y terapeuta narrativa, y recientemente he publicado un libro que se llama Polifonía Amorosa con Edicions Bellaterra. En mi trayectoria profesional he ido encaminando mi labor hacia el acompañamiento educativo y la formación en torno a la visibilización de la violencia contra las mujeres y al cuestionamiento de la construcción patriarcal y capitalista del amor.

También quiero compartiros que esto de las relaciones y el amor es el nudo que desde pequeña más desvelos ha provocado en mi vida. Siempre ha sido una especie de obsesión; lo central, lo que más placer me ha dado y, en muchos casos, lo que más dolor me ha provocado. Y supongo que ese hecho es lo que me ha llevado a centrar mi camino profesional y personal en este deseo de deshilar la violencia de nuestras relaciones y explorar prácticas más libres, desde la complejidad de lo que esto significa. Y prefiero aclarar desde el principio que lo hago más bien guiada por la curiosidad y los interrogantes, que por la sensación de tener muchas de las respuestas.

¿Cuántas veces nos han dicho que el amor no se puede explicar ni pensar, que se siente o no se siente, que se da o no se da, que es ajeno a nuestra voluntad, que es un destino, algo mágico?

¿Cuántas veces nos han dicho que el amor duele, que hay que sufrir, que a mayor drama más grande es el amor, que a más obsesión más pasión?

¿Cuántas veces nos han dicho que el amor lo puede todo (por encima de diferencias sociales y personales), que supera todas las dificultades, que es el antídoto ideal ante la angustia y la soledad existencial?

¿Cuántas veces nos han dicho que el amor tiene que ser divertido, fascinante, emocionante, aventurero, pasional y con mariposas en el estómago?

¿Cuántas?

¡Cuántas cosas nos han dicho y cuántas veces!

Desde esta construcción patriarcal y capitalista se nos hace creer que todo lo relacionado con el amor forma parte de la naturaleza humana y es universal. Esto, que parece algo inofensivo, es tremendamente efectivo, ya que todo lo que es natural es inamovible y por tanto no se puede cuestionar ni modificar. Y en nombre de esta naturalización del amor se perpetúan todo tipo de violencias.

Además, como ya sabemos, esto tampoco es neutral. Las personas socializadas como

hombres y como mujeres en el contexto patriarcal no hemos tenido el mismo aprendizaje sobre el amor. No nos han enseñado de igual forma qué significa amar y ser amadas.

Las mujeres hemos sido educadas para ser las sostenedoras del amor y poner las necesidades de las demás por encima de las nuestras. Además, parece ser que somos las responsables de abrir los conflictos y de mediar en ellos. Y los hombres han sido abocados al analfabetismo emocional, la falta de compasión, la necesidad de ser protagonistas y a saberse merecedores del amor. Esto abre las puertas a que la violencia tenga mucho espacio en el que circular. Y tiene efectos muy concretos en nuestras vidas: mujeres abocadas a la inseguridad, el aislamiento, el silencio, el sometimiento, el agotamiento...; hombres para los que no son visibles las necesidades de las demás, incapaces de conectar con el dolor ajeno, inconscientes a los conflictos.

El amor romántico como proceso de individuación ha pasado a ser una utopía colectiva, supuestamente transgresora, que en realidad ha perpetuado las desigualdades, convirtiéndose en una trampa para las mujeres, como dice Mari Luz Esteban.

Siguiendo a Eva Illouz las definiciones del amor romántico en nuestros contextos se entrelazan con una dualidad: el amor romántico se ha convertido en un elemento indispensable del ideal de la opulencia, pero también ha patrocinado los mecanismos de dominación económica y simbólica que funcionan en la estructura social.

En este sentido, ha sido especialmente beneficioso para el patriarcado hacer circular la idea de que el amor, ese ente abstracto y etéreo, está desligado de lo que pasa en las relaciones. Es decir, parece ser que se puede querer a una persona que nos trata mal, que nos agrede, que nos violenta. Y esto no solo es así en la construcción del amor romántico, sino que también se nos enseña en otros vínculos donde el amor parece que es obligatorio, más allá de lo que pase o deje de pasar en las relaciones. Por ejemplo, “a los padres se les quiere”, eso nos dicen desde pequeñas, no importa lo que pase o no pase en la relación concreta con ese hombre concreto: hay que quererles como imperativo social. Y si no podemos quererles, al menos, tenemos la obligación de perdonarles, aunque hayan cometido atrocidades con nuestro cuerpo.

No quiero ni pretendo idealizar las relaciones o buscar la perfección. Yo no dudo que se pueda querer a alguien con quien la relación es difícil o incluso querer a alguien que ya no está o que ha muerto, o incluso querer a alguien que en un momento dado nos hace daño. Pero me parece que esta idea de que el amor va por un camino que nada tiene que ver con lo que ocurre en las relaciones nos genera una gran confusión a la hora de entender o vivir qué es para cada quien el amor, qué nos hace sentirnos queridas, qué nos hace saber que queremos a alguien o qué es lo importante para nosotras en el amor.

Para el patriarcado capitalista el individualismo más descarnado es un gran aliado. Y han invertido muchos esfuerzos en hacernos creer que lo que pasa dentro de cada quien no tiene que ver con lo que pasa a nuestro alrededor. Nos han hecho pensar que cada persona puede hacerse a sí misma, que la identidad es un logro individual y no colectivo, y que el ideal de autorealización personal pasa por quererse a una misma y ser libre. “Primero hay que quererse a una misma para después poder querer y que te quieran”, nos han dicho.

Recuerdo que cuando era adolescente los mensajes en forma de “quíete porque eres lo único que tienes”, “conócete”, “acéptate”, “tú puedes hacer lo que te propongas”... solían caer como una losa sobre mis hombros que me frustraba, no solo porque no conseguía

quererme sino porque además me sentía inadecuada por no poder hacerlo. Tal vez porque provengo de las clases trabajadoras empobrecidas y nadie me dijo nunca que yo iba a ser alguien importante y que podía comerme el mundo, asumir estos mandatos me resultaba muy costoso. O tal vez porque fui socializada como mujer y como tal no me enseñaron precisamente que yo era el paradigma de salud mental, autonomía y madurez.

De esta forma, se nos aboca también a desligar el amor hacía nosotras mismas de lo que sucede en nuestras vidas o de las relaciones que tenemos. Parece que podemos querernos así en abstracto, y que esto que se llama autoestima se puede incluso cuantificar: tiene la autoestima alta, baja, ¿normal?. La autoestima se convierte en una meta a la que llegar, incluso pareciera que si llegas es para siempre, “por fin he conseguido quererme y de ahí ya no me mueve nadie”. Y a ver, que nadie me malinterprete, que yo no dudo de que tener una relación amorosa con una misma sea algo positivo y me permita relacionarme mejor, pero creo que quererse a una misma no está desligado de lo que pasa a nuestro alrededor o de los momentos que atraviesa nuestra vida o del contexto que habitamos. Contexto que, por cierto, no es indiferente, ya que históricamente las mujeres hemos tenido prohibido el acceso a nuestro amor propio. Tampoco quiero decir con esto que no podamos hacer algo creativo en cuanto a la relación con nosotras mismas. Porque, incluso viviendo en el más hostil de los contextos, podemos y las mujeres lo hemos demostrado con creces a lo largo de la historia.

Con la libertad pasa algo parecido. Se nos ha hecho pensar que el sentirse libre o no tiene que ver exclusivamente con una misma, con hacer lo que quieres y cumplir tus deseos, que no tiene nada que ver con lo que pasa en las relaciones y que también se puede cuantificar individualmente. Nos preguntamos quién es la persona más libre en una relación, como si la libertad no tuviera que ver con la interacción sino que fuera una propiedad privada. O como si todo el mundo entendiéramos la libertad de la misma forma o quisiéramos ser libres de la misma manera, olvidándonos del pequeño detalle de que hombres y mujeres no tenemos la misma legitimidad social para ejercer esta libertad individualista. Nosotras hemos sido construidas para ser dependientes e incompletas y ellos para ser independientes y autoafirmarse.

Todos los sistemas de opresión son expertos en plantearnos situaciones donde se nos pide una cosa y la contraria al mismo tiempo. Esto que se llama “la esquizofrenia de la opresión”. En este sentido, algo que me resulta bastante paradójico con respecto al aprendizaje del amor es cómo se nos enseña, sobre todo a las mujeres, que ser dignas de amor está condicionado a lo que hacemos: debemos portarnos bien y no recibiremos amor si no nos lo merecemos. Y este mandato cohabita con esta otra creencia que ya he mencionado de que el amor se siente o no se siente, se da o no se da y es ajeno a nuestra voluntad e independiente de lo que pase en las relaciones.

Aprendemos que el amor es algo finito, que se acaba, que se gasta, y esta idea junto a la sensación de tener que ser merecedoras del amor, nos aboca a vivir una permanente sensación de inadecuación, de no aceptación de lo que sentimos o deseamos, de miedo a que nos dejen de querer ante cualquier conflicto o desencuentro. Y ésta, claro, es la antesala de la competencia por el amor.

Yo creo que las relaciones y el amor en ellas sí son finitos, pero que nuestra capacidad de amar no lo es, esa es infinita. Siguiendo a Casilda Rodríguez se nos educa en una economía del amor que funciona igual que la economía capitalista: creando una escasez ficticia que nos hace competir.

Aquí me gustaría hacer un pequeño paréntesis, con uno de los temas más recurrentes cuando hablamos de la construcción del amor: los celos. Hay una tendencia a pensar en los celos en términos de si son o no biológicos, yo no quiero meterme en ese jardín, y no dudo de que sentir celos sea algo que nos atraviesa el cuerpo, porque lo he vivido, ni tampoco dudo de que seamos responsables de hacer algo constructivo con esa sensación (aunque reconozco que me hace un poco de ruido que la única solución que parece viable en algunos colectivos sea la de ir a una terapia, como si todo el mundo tuviera el dinero para pagársela). Pero en un contexto donde reconocemos la construcción cultural de nuestras formas de amar y ser amadas me cuesta pensar en los celos en términos individuales solamente, como una conclusión de identidad: soy celosa. Considero que lo que llamamos celos es una traducción cultural de otros muchos sentimientos y sensaciones, que muchas veces tienen que ver con la inseguridad o el miedo a la pérdida, pero que esas sensaciones se asientan en esta construcción del amor que nos dice que el amor es finito y que depende de que nos portemos bien. Y esto se podría aplicar a los celos también entre hermanas y hermanos, que es uno de los argumentos que suelen usarse para determinar su componente biológico: "si ya desde pequeñas y pequeños sentimos celos, debe ser que son naturales". Sin embargo, yo considero que aquí están operando algunas otras cuestiones que no podemos obviar. Desde pequeñas nos dicen que si no nos portamos bien no nos van a querer y esto abre las puertas a que cuando nace un hermanito, por ejemplo, un niño o niña entienda que el amor de quien le cuida puede llegar a estar en juego y que lo puede perder.

Creo también que no podemos ignorar que los celos no son independientes de lo que sucede en las relaciones, y que en algunas ocasiones podrían incluso ser un síntoma de que se está produciendo algún tipo de abuso en la relación. Me parece interesante verlos no como un estado interno, natural, esencial, sino como un estado intencional, un estar siendo con una intención. Muchas veces podemos ver que los celos son testimonio de que algo importante para nosotras está siendo trasgredido en esa relación concreta. A veces, cuanto más fuertemente se vulnera algo que es importante para nosotras peor nos sentimos (no estamos locas, ni nos va el drama, ni exageramos, de hecho tendemos a contar una parte pequeña de todo lo que nos pasa)

Y otra cuestión que me parece muy importante repensar, en esta idea de que el amor es natural, es el enamoramiento. Esa fase que parece que es la mejor de las relaciones, pero que como es temporal después la seguimos anhelando constantemente. En esto de la naturalización considero que este es uno de los ejemplos más arraigados y desgarradores. Parece ser que si te enamoras no puedes hacer nada por evitarlo, que todo el mundo nos enamoramos de la misma manera (con esa sensación de mariposas y nervios), que dura el mismo tiempo en todas las personas (se hacen hasta estudios "científicos" que dan una media), que es una cuestión química y de atracción instintiva. Sin embargo, en este sentido, resulta sospechoso cómo los hombres y las mujeres no experimentamos de la misma forma el enamoramiento (así generalizando parece que en el enamoramiento los hombres tienden a reforzar el amor hacia sí mismos y las mujeres tienden a perderse de sus propios deseos y centrarse en la otra persona). También llama la atención el hecho de que nos solemos enamorar de un determinado tipo de personas que cumplen con algunos de otros ejes de poder: como el modelo de belleza imperante, o la clase social, o el éxito o determinados valores y actitudes...

Lo que se erotiza también es cultural y no está exento de sufrimiento. Vivimos en una cultura hipersexualizada donde se erotiza la violencia en sus múltiples formas. Parece que tenemos que tener deseo sexual continuo y permanente por otras (y si no es que algo no está bien en nosotras), que además es inmutable y que en el deseo sexual todo vale.

Me pregunto cómo hubiera cambiado mi vida, y cuánto sufrimiento me hubiera ahorrado, si desde pequeña me hubieran dicho que puedo elegir de quien me enamoro, igual que elijo a mis amistades, y que esa elección puede estar basada en lo que es importante para mí. ¿Qué hubiera pasado si me hubieran invitado a explorar mi capacidad de amar y no tanto a buscar el objeto amoroso que me haga sentir completa?

Siguiendo a Montserrat Moreno y Genoveva Sastre el amor no puede ser considerado como un sentimiento aislado, sino como un complejo de sentimientos inserto en un contexto afectivo, emocional y social bajo cuyo paraguas se abrigan una serie muy amplia y variada de sentimientos y pensamientos de órdenes muy distintos.

Es por eso que nuestras relaciones erótico-afectivas, y no solo ellas, están atravesadas por mucho mitos y creencias, que además como he dicho antes no son neutrales, y que nos van entrenando para la desigualdad y la preservación de las relaciones de poder. Para mí una cosa es que reconozcamos que operan relaciones de poder en nuestros vínculos y otra es que parezca que hasta lo celebramos. Yo más bien me pregunto ¿qué podemos hacer con el poder que reconocemos?

Desde mi mirada, es necesario profundizar y reflexionar sobre los mitos que atraviesan nuestras relaciones, intentando hilar fino, ya que en muchas ocasiones, y en determinados contextos, pareciera que ya nos hemos librado de algunas creencias del amor romántico, como el mito de la media naranja o el amor eterno, pero no somos conscientes de cómo están calando algunas nuevas creencias que siguen beneficiando al capitalismo más voraz. Y esto me recuerda a una frase de María Zambrano que me encanta: “Si el pensamiento no barre la casa por dentro, no es pensar”.

Mitos que tienen que ver, por ejemplo, con pensar que una relación buena es aquella en la que no hay conflictos y que algún día encontraremos a esa persona adecuada con la que nos entenderemos a la perfección; o como que la persona que abre los conflictos (habitualmente las mujeres) es la que los crea; o como que en una relación basta con hacer acuerdos y dejarse fluir (aunque nadie sepa muy bien qué es y cómo se hace); o como que si una relación no nos mantiene en un estado permanente de plenitud, felicidad y satisfacción es mejor dejarla; o como que si no tenemos pareja o diversas relaciones es un síntoma de que nadie nos aguanta, de que somos difíciles o demasiado exigentes; o como que si una relación se transforma o se termina es un fracaso personal; o como que la pareja es el lugar de intimidad por excelencia, el sitio donde podemos ser auténticas; o como que en esto del amor hay que ser consistente y coherente entre lo que dices, piensas, sientes y haces.

Vamos, que el mito de la perfección, totalización e idealización del amor sigue algo vigente.

Lo peligroso es que estas ideas nos abocan a una continua y constante sensación de insatisfacción que nos genera una gran violencia interna.

Y que nadie me malinterprete,. No creo que hay que aguantar y que el amor lo puede todo en una relación. Pero creo que pretender que una relación esté exenta de conflictos o nos mantenga en un estado permanente de felicidad es una tendencia desconectada de la propia vida, fruto de esta cultura del hedonismo capitalista.

Tener pareja (o múltiples relaciones) sigue siendo sinónimo de éxito social y, lo que es

más desolador, se ha convertido en un configurador de autoestima. Aunque de sobra sabemos que no tener pareja no significa que estés carente de amor o que tenerla no significa que disfrutes del amor.

Eso sí, la estructura capitalista quiere personas aisladas, que se comuniquen lo justo entre sí, que no muestren excesivamente sus emociones, que siempre estén felices y se diviertan. Pero además y sobre todo, que no sean auténticas, excepto con sus románticas parejas donde sí pueden concederse ese lujo de mostrarse humanas. No nos permitimos ser auténticas pero lo anhelamos; lo peligroso es volcar ese deseo de ser una misma en una sola persona.

Aclaro que tampoco creo que esté mal hacer acuerdos y dejarse fluir. Solo que pienso que muchas veces hacer acuerdos no es suficiente. Porque en una relación viva entre seres vivos y en continuo cambio, es fácil que las palabras suplanten a la propia realidad, reduciendo nuestro campo de visión e invisibilizando la complejidad de las vidas y las relaciones. Dar por hecho a la gente o a la propia relación es la muerte de lo vivo de esa relación.

¡Qué tranquilizador es para mí saber que podemos ser inconsistentes y hasta contradictorias!

Y en este sentido, me parece fundamental reflexionar colectivamente sobre cómo en los modelos propuestos por algunas formas de amores modernos, llamados libres, el discurso neoliberal ha calado hondo. Y como ya sabemos que no todas las historias tienen el mismo espacio de existir, legitimar y ser validadas, suelen ser los discursos más extendidos y visibles.

Pero entre las grietas de algunos de estos modelos se han colado construcciones culturales y sociales patriarcales y capitalistas: como el individualismo más feroz, la dejadez, la idea de cuidado como sacrificio, el desprecio a la compasión, el abuso de poder, el consumo de cuerpos y enamoramientos, el ansia de diversión permanente, el rechazo a nuestra vulnerabilidad, el afán de sustitución compulsiva de lo viejo por lo nuevo, el culto a la belleza sin movimiento y sin alma, la propia valoración en relación al gustar o no gustar,...

Desde estos modelos, y siguiendo a Bauman, las relaciones interpersonales se caracterizan por la falta de solidez, calidez y por una tendencia a ser cada vez más fugaces, superficiales, etéreas y con menor compromiso.

Lo curioso es que algunos mitos del romanticismo siguen perpetuándose en estas relaciones. Se sigue considerando el amor pasión como lo más importante, se da más valor a cualquier proceso amoroso que implique dificultades, se siguen idealizando las relaciones, se pretende la perfección (tenemos claro que el amor romántico no lo puede todo, pero parece que el “amor libre sí, ese sí”) y el amor sexual se encumbra. (Ideas del romanticismo sacadas del libro *Crítica al pensamiento amoroso*, de Mari Luz Esteban)

Desde mi propia experiencia, algunos modelos del llamado “amor libre” se asientan en una idea profundamente neoliberal: la de la tiranía del deseo. Donde lo más importante es seguir nuestro deseo, por encima de todo (entendiendo deseo como hacer lo que siento y quiero en cada momento), y donde, por supuesto, el deseo y el cuidado son mutuamente excluyentes. El cuidado es entendido como un sacrificio y no como un deseo en sí mismo. Por el contrario, yo hablo del cuidado en un sentido existencial, profundo, apegado a la

vida. Un cuidar que significa incluir dentro de mi vida, proyectos y decisiones, un tiempo y un espacio para las otras personas con las que elijo relacionarme. Un cuidado que no es para mí darlo todo, ni perder mi centro; es una sensación de estar disponible, de apertura interna.

Modelos de “amor libre” que, además, nos pueden llevar a dar por hecho que explorar la libertad en una relación tiene que ver exclusivamente con el cuestionamiento de la mononorma. Y yo no dudo que la cultura de la monogamia obligatoria esté rodeada de violencia y sea necesario cuestionarla, pero no creo ni que todas las relaciones no monógamas estén cuestionando la construcción patriarcal y capitalista del amor, ni que todas las relaciones monógamas carezcan de libertad.

Creo que convertir palabras como libertad, deseo, amor o relación en significantes cerrados es profundamente peligroso para nuestras vidas, y en este sentido me viene a la mente este vídeo precioso de una conferencia de Chimamanda Adichie que se llama El peligro de una sola historia. ¿Cómo traspasar colectivamente las fronteras de significado de estas palabras?

Estoy convencida, porque lo he vivido, que muchas veces tener unos ideales o principios nos puede servir para hacer algo creativo y no violento con algunas emociones o situaciones, para no reproducir ciertas normas sociales de opresión. Pero otras veces, esos discursos pueden llegar a convertirse en una barrera simbólica que nos impide ser, que nos llena de dudas y nos hace sentir profundamente incapaces.

En mi experiencia, por aferrarme a un ideal, algunas veces en lugar de estar abierta me he perdido y en lugar de sentirme libre me he sometido. A veces, incluso una de mis identidades preferidas como puede ser la feminista, me ha hecho cerrarme a vivir la contradicción, porque también en esas identidades existen muchos deberías y normas sutiles de cómo hay que vivir el amor, haciendo que la experiencia amorosa esté plagada de historias únicas y totalizadoras.

Los mandatos pueden ser capaces de oscurecer nuestros propios entendimientos, pero no los eliminan. Por eso muchas veces vivimos en permanente contradicción interna.

Desafortunadamente, las invitaciones a la violencia en nuestras relaciones son muchas, y no solo se inscriben en las relaciones entre hombres y mujeres. Me refiero no solo a la violencia más evidente, sino también a la violencia más sutil, a la manipulación, al miedo, a los abusos de poder. Invitaciones que no siempre podemos o sabemos declinar, por más que tengamos una ideología o nos hayamos leído muchos libros. Aunque con esto tampoco quiero decir que la violencia sea algo inevitable en el amor o que las personas seamos pasivas ante las situaciones de abuso.

Vivimos en una cultura en la que muchas veces los asuntos amorosos se pretenden resolver con metáforas de gestión emocional o control. A mí me parece más interesante pensar colectivamente cómo generar contextos que nos permitan pasar de la ética del control a la ética de la colaboración, honrando lo que es importante para nosotras, para las demás y para la propia relación, en ese juego que se establece entre la realidad y el deseo.

Contextos donde podamos entender nuestra capacidad de ser libres como una experiencia de relación y con sentido de lo común (según la acepción de Hannah Arendt: ella decía que el entendimiento popular de esta expresión es erróneo, ya que en realidad

se refiere a lo que tiene sentido para el bien común, para la comunidad y no solo para una o unas pocas personas)

Asumiendo que las identidades se construyen en función de las historias que las personas relatamos acerca de nuestras vidas, que nuestras experiencias son políticas y que todas las personas somos expertas en nuestras vidas y estamos en proceso constante de significar y resignificar nuestra experiencia, creo que es necesario desafiar las explicaciones naturalistas del amor, donde “demasiado es lo que se oscurece por explicaciones que se someten a las reglas de la naturaleza humana” como decía White.

En este sentido, me parece importante desmarcarnos de la dicotomía que se establece entre lo real y lo ideal, para darle espacio a lo inaudito, lo imprevisible, lo que está fuera de los márgenes de lo normal, lo que no tiene tanto espacio para escucharse y ser circulado.

Creo que poner palabras a lo que está sucediendo en nuestras relaciones, transparentando nuestros deseos, dolores, miedos y contradicciones, nos puede ayudar a salir de la lógica del asfixiante discurso del deber ser. Y así, construir tramas que desafíen la “normalización” y que nos permitan deshacernos de nuestros guardianes internos y del control permanente de unas sobre otras. Pasar de este relato pobre y problemático del amor que nos presenta el patriarcado, a relatos del amor multihistoriados y enriquecidos.

Abrir puertas para seguir conversando (que etimológicamente significa transformarse con la ayuda de alguien) lejos de esas verdades totalizadoras que aprisionan nuestras vidas, de esos “tanques de pensamiento dispuestos a la fabricación de imágenes y realidades para imponer la verdad que se quiere” en palabras de Hannah Arendt. Esto es increíblemente esperanzador para mí, entendiendo la esperanza no como el deseo de que todo salga bien, sino de que las cosas tengan sentido.

Parafraseando un hermoso poema de Adrienne Rich, sentir que bajo nuestros párpados unos nuevos ojos pueden abrirse.

Y ya para terminar, una última reflexión. Cuando te dedicas a dar talleres sobre el amor o escribes un libro, mucha gente te dice: tú como experta en el amor dinos lo que nos conviene. Yo siempre me asusto ante tal afirmación, porque estoy convencida de que nadie puede ser experta en el amor o en las relaciones en solitario. Si en algún momento de mi vida me siento experta (cosa que dudo) será un logro colectivo, nunca individual. Y en este sentido, os traigo las palabras de Paulo Freire, que da nombre a esta universidad y que me ha acompañado a lo largo de mi trayectoria como educadora: “Mi voz no tiene sentido sin la voz del grupo”.